

El Segundo Monasterio de la Visitación celebra el cincuentenario de consagración de la Madre Superiora.



Almas grandes, dignas de admiración, las ha habido siempre, pero lo son mucho más si consumen su vida al servicio de Dios, encerradas en los silenciosos claustros de un convento. Tal es el caso del que vamos a ocuparnos hoy. Se trata de M. Nieves Dalmau, religiosa de La Visitación de Sta. María, que celebra el cincuentenario de su desposorio con Cristo. Por este motivo queremos dedicarle un humilde homenaje en forma de recuerdo de lo que ha sido su vida. Sí, porque aunque la gente no lo sepa, en este mundo nuestro tan egoísta y deshumanizado, siguen habiendo mujeres generosas que, tocadas por la mano de Dios, han decidido pasar sus días encerradas tras los muros de un convento, rezando y ofrendando su vida en holocausto por los demás.

Nos gustaría que la sucinta semblanza de esta religiosa ejemplar, pudiera servir de estímulo. Nació M. Nieves Dalmau en el corazón de Madrid, un 5 de agosto de 1949. Su venida al mundo fue acogida con infinito cariño por parte de sus progenitores, si bien la recién nacida, pequeñita y gordinflona, distaba mucho de ser la criatura angelical que su madre había soñado, no obstante, esa bolita con pies y brazos, quiso dar cumplida satisfacción a su mamá y pasado el primer mes, no solo daba la talla, sino que estaba por encima de los críos de su edad.

Cumplidos los cuatro años la vemos en el Colegio de Hijas de la Caridad del Sagrado Corazón donde, dada su precocidad, pudo hacer la primera comunión a la edad de 6 añitos. En este mismo Centro cursaría los estudios completos de bachillerato y aprobado el curso de preuniversitario, iniciaría la carrera de Asistente Social, que no llegaría a concluir, ya que por voluntad propia se embarcó en unas oposiciones a correos, que ganó

brillantemente. Al poco tiempo pasó a trabajar en la Inspección General de Correos en la c/ Montalbán. Aquí tenemos a la joven M. Nieves, que tiene todo lo que una muchacha de 22 años puede pedir a la vida. Inteligente, físicamente agraciada, porvenir profesional prometedor, el cariño de su familia, un novio formal de buena posición que se rinde a sus pies... Lo único que le faltaba eran inquietudes religiosas; sí, porque en este tiempo M. Nieves era un joven que apenas pisaba la Iglesias y con esto está dicho todo, pero sin ella saberlo, se iba a producir el milagro, cuando menos se lo esperaba. Un providencial acontecimiento la va a marcar para siempre y poner fin a una vida disoluta, que ella misma reconoce con estas palabras: *“Como a un S. Pablo, el Señor, me derribó de mi caballo, conocí al que luego fue mi director, pues hasta entonces yo no tenía a nadie, ni me confesaba con nadie”* ¿Qué es lo que sucedió? Pues algo muy singular a lo que Dios nos tiene acostumbrados. En medio de una radiante primavera, esta muchacha alegre y enamorada de la vida, va a sentir la llamada interior que le pide dejarlo todo por el Reino de los Cielos y su vida va a cambiar súbitamente de la noche a la mañana. Esto fue lo que pasó.

Un buen día, junto con otras compañeras, fue a visitar a una profesora muy querida, que se había hecho salesa y se encontraba en el Primer Monasterio de la Visitación en la C/ Sta. Engracia de Madrid. N. 20. A este primer encuentro con la Hna. Ana María siguieron otros, cada vez más confidenciales. Un día Sor Ana María, que así se llamaba la Hermana, le sugiere la idea de hacer un retiro y esto habría de ser el comienzo o el fin de todo, según se mire. Al poco tiempo de esto, tomó una decisión. Estaba dispuesta a dejar el mundo. Así son las cosas de Dios. Rompe con su novio, se despide de sus amigos y se lo comunica a sus padres, que se llevaron el gran disgusto de su vida.



El día 2 de Febrero a las 5 de la tarde, en medio de las lágrimas de su padre y la desesperación de su madre, la jovencita M Nieves traspasaba el umbral de las puertas del histórico Monasterio de la Visitación de la Calle Sta. Engracia. donde poco tiempo después había de tomar el hábito, el día 24

de enero de 1972, pero las cosas no iban bien. Su condición de joven rebelde y recio carácter, hicieron que no se entendiera con la Madre Maestra de novicias. La situación fue de mal a peor, hasta el punto de hacerse casi insostenible, por lo que se vio obligada a exponer el caso a su director espiritual, el P. Juan Boudier, quien le aconsejó cambiarse al

Segundo Monasterio de la Visitación, de la calle S. Bernardo, también en Madrid y así se hizo, en fecha del 25 de marzo de 1972

Ya en este Monasterio las cosas iban a cambiar como de la noche al día. Su nueva Maestra de Novicias iba a ser la M. María Amada Aguilar, toda una institución en la Orden, de la que harían falta muchas páginas para trazar su semblanza espiritual humana y artística y no digamos nada de su ayudante, la Hna. María Elena Covelo, a la que personalmente estoy tan agradecido y de la que guardo el mejor de los recuerdos. Estas dos grandes personalidades fueron las que se encargaron de forjar espiritualmente a la joven novicia y yo diría que también de darle una formación humana integral. Durante este tiempo, la Madre María Amada, consagrada pintora, autora de la mayoría de los preciosos frescos que engalanan la Iglesia, le ayudó a desarrollar sus dotes pictóricas, con tal éxito, que cuadro que salía de sus manos ya tenía asegurada la venta al público. Por fin llegó el día ansiado de su profesión, acaecida el 26 de marzo de 1974, el mismo año en que detectaron un cáncer de pecho a su querida madre de lo que moriría 3 años después.

La neófita profesora seguiría pintando con más que notable éxito, al tiempo que estaba disponible para cualquier acto de servicio a la comunidad, sea el que fuere, si bien, según su propio testimonio, lo que más le atraía era el cuidar de las religiosas enfermas. En 1980 fue enviada a Annecy (Francia) para completar su educación humanista, sobre todo por lo que se refiere a su formación musical y mejorar sus conocimientos del idioma francés, lo que le vino muy bien para coronar con éxito una operación, que le costó varios años de trabajo, cual fue la traducción del francés al español del voluminoso libro de Francis Trochu, que pasa por ser una de las biografías más logradas y completas de S. Francisco de Sales. La esmerada traducción que la Hna. M. Nieves nos ofrece en la Editorial Fonte (Monte Carmelo), es de todo punto de vista encomiable, aunque para mi gusto personal su obra más meritoria, de las que yo conozco, es su libro “2º Monasterio de La Visitación de Santa María de Madrid (1798-1998)”, donde la autora se muestra como una competente historiadora, rigurosa y ordenada, que quiso rendir un homenaje al convento donde ha pasado toda su vida. Más de uno se mostrará sorprendido por esta información que acabo de dar, pues lo cierto es que, por humildad, ni en un libro ni en el otro figura su nombre, de aquí su anonimato en el campo de la cultura.

Durante varios años M. Nieves fue la elegida para acompañar en sus viajes a la M. Superiora, hasta que en el año 2016 ella misma fue elegida para ocupar este cargo, volviendo a ser reelegida para esta misión, que ella interpretó siempre como acto de servicio a la Comunidad, siendo sus preocupaciones, por una parte hacer todo lo posible para que el monasterio no se extinga y se vea obligado a cerrar sus puertas y por otra, cuidar



maternalmente a todas y cada una de las religiosas, que gozosas y complacidas esperan ansiosas el poder celebrar las Bodas de Oro de la consagración religiosa de su admirada y querida Madre.

El tiempo ha ido pasando. Hace ya cincuenta otoños, querida amiga M^a Nieves, de aquella memorable fecha, en que portando sobre tu cabeza una guirnalda nupcial, te acercabas al altar para desposarte con tu Bien-Amado, teniendo como testigo de la ceremonia al obispo de Portalegre Monsr. Agostinho Joaquín López de Moura. Ese entrañable día 26 de marzo de 1974, tan lejano en el tiempo y tan cercano en el recuerdo, sigue siendo un punto de referencia para ti y lo seguirá siendo mientras vivas. En ese día soltaste amarras y tu barca comenzó a navegar por los senderos de la libertad, bajo un cielo inmenso y limpio. Por aquel tiempo, ya eras consciente de que los anhelos de libertad eran perfectamente compatibles con el voto de obediencia, como sabías también, que Jesucristo el más obediente al Padre, fue al mismo tiempo el más libre de los hombres

Me imagino que esos 50 años que han pasado desde entonces han sido objeto de reflexiones íntimas y profundas, que te han llevado a la conclusión de que tu vida en el Segundo Monasterio de la Visitación, no ha sido un camino sembrado de rosas, ni nadie te prometió que así habría de ser. La visión que la gente tiene de los conventos de clausura como un remanso de paz, a los que se va a disfrutar de una existencia apacible y sosegada, responde a una idea romántica, que nada tiene con la realidad y tú lo sabes muy bien. Por propia experiencia has podido comprobar que la vida en los conventos, al igual que fuera de ellos, a veces es monótona, a veces cansina, a veces dura y hay veces que hasta hiere y lastima, dejando cicatrices en el alma. Nadie sino tú y el Divino Confidente sabe de tu calvario, de tus tinieblas, de tus noches oscuras y de tu martirio a plazos, que hicieron fluir arroyos de lágrimas de tus ojos, en el silencio de la noche, pero también tuviste el consuelo de saber que quien mucho pasa,

mucho tiene que ofrecer al Amado y esto es lo que cuenta, ya que en definitiva como dicen los maestros del espíritu: *“El sufrir pasa, lo que no pasará nunca es haber sufrido por amor”*.

Una visión retrospectiva de lo que ha sido tu vida consagrada te coloca en situación de hacer balance. ¡Cuántas emociones contenidas, cuantos silencios íntimos, cuantas soledades profundas, cuantas decepciones y desengaños!... pero también ¡cuántos momentos de complacencia espiritual, cuántos gozos íntimos, cuántas gracias y dones recibidos se han ido acumulando a lo largo de estos 50 años de vida consagrada!,,
Renunciaste a ser madre, pero acabaste siéndolo de muchas religiosas que te ven como tal. Por todo ello, pero sobre todo porque has permanecido fiel a tu vocación religiosa, quienes te queremos, tanto los de aquí abajo como los del cielo, nos unimos a ti para dar gracias a Dios y celebrar contigo este gozoso acontecimiento. ¡M. Nieves de todo corazón ¡FELICIDADES! ¡Te queremos!

Ángel Gutiérrez Sanz